

Enrique Rubio

Escape

la esfera  de los libros

0

Me despierto, me froto los ojos y miro los palíndromos del techo: «radar», «reconocer», «rotomotor»... Contemplo fijamente la secuencia intermitente pero regular 100 % de las luces del árbol de Navidad durante 2 minutos exactos cronometrados con mi reloj. Activo el metrónomo de la mesilla, me acuesto de costado y observo con atención su vaivén simétrico y constante durante 5 minutos completos y precisos. Resuelvo el cubo de Rubik 3 veces y juego al Tetris en mi Game Boy.

98.967 puntos y 269 líneas en el nivel 11.

Game Over.

Contemplo los 857 libros que hay en los 35 estantes de las 4 paredes, pero no me apetece leer ninguno. Coloco el vinilo *Grandes divas de la ópera* en el tocadiscos y escucho la primera canción, que dura 4 minutos y 43 segundos.

Cuando devuelvo el vinilo a su lugar correspondiente, veo un folio A4 pegado al borde de un estante, debajo de los libros *El túnel*, de Ernesto Sábato, *Padres e hijos*, de Iván Turguénev, y *La broma infinita*, de David Foster Wallace. La caligrafía es de Padre, excepto las últimas palabras, cuya caligrafía es de Madre.

Querido hijo:

Feliz 18º cumpleaños. Ya eres un hombre. Hemos dejado la puerta del piso abierta. Está al fondo del pasillo. Ya puedes salir al exterior. La rabia aviaria ha remitido y los pájaros ya no atacan. Padre y Madre te quieren mucho y te desean lo mejor ahí fuera.

Firmado: Padre y Madre

Posdata:

puerta f . 1. Vano de forma regular abierto en una pared, cerca o verja para entrar y salir. 2. Armazón de madera, hierro u otra materia, que, engoznada o puesta en el quicio, sirve para impedir la entrada y salida. *Hoy hemos abierto la puerta del piso a nuestro hijo porque ha cumplido 18 años.*

Siempre subrayaba esa palabra en todos los libros y nunca encontré su significado. Busco el pequeño librito titulado *Diccionario*, sin autor y sin portada, lo abro por la letra P y busco «puerta» para cerciorarme. Debería estar entre «puerro» y «puerto». No está.

También hay una caja paralelepípeda de cartón con un octavo de folio A4 encima igualmente escrito a mano.

Ponte estas zapatillas nuevas para salir al exterior. Las zapatillas de estar por casa que has usado siempre no sirven. Te hemos puesto los cordones y te los hemos atado. Ya aprenderás a hacer un nudo. Mete los pies haciendo fuerza.

Busco las palabras «cordón» y «nudo» en el *Diccionario*. Sí están:

cordón m. Cuerda o cordel, generalmente de estructura tubular, fabricado con materiales finos. *El cordón de los zapatos.*

nudo m. Entrelazamiento de uno o más cuerpos flexibles, como cuerda, hilo, etc., que se hace para sujetar o atar, o para unir cuerpos entre sí. *Se me ha desatado el nudo de los cordones.*

Cierro el diccionario y lo introduzco en mi bolsillo. Abro la caja, saco las zapatillas de estar en el exterior y me las calzo ejerciendo al menos 110 newtons de fuerza. Las zapatillas se titulan *Airwalk*, aunque no aparece el autor.

Voy hacia la galería, me enfrento a la lavadora, me agacho, abro la ventana redonda y meto la cabeza. No hay ningún túnel que comunique con la lavandería de la calle. Meto un brazo y palpo el fondo del tambor por si hubiera alguna tapadera, como en los botes de mermelada o en las botellas de cerveza. Meto la pierna y doy patadas al fon-

do por si fuera falso y se pudiera desencajar. 0 % de éxito. 0 resultados positivos.

Desisto y me dirijo al pasillo, flanqueado por estanterías con libros desde el techo hasta el suelo. Al fondo veo, con sumo interés, cómo se ha desgajado un fragmento rectangular de la pared, igualmente tapizado con numerosos estantes llenos de libros y con el perchero en lo alto. Es como si un tetracubo del Tetris, encajado entre otras piezas, se abriera, perpendicular a la base del campo de juego, y se quedara pegado solo por un lateral y dejara un vacío sin píxeles por donde corriera el aire y se viera lo que hay detrás de la Game Boy.

Recuerdo entonces la definición de «puerta». El armazón, sin embargo, no parece de madera o hierro y tiene el mismo color y la misma textura que la pared.

Sobre la mesa estrecha del pasillo hay un librito plegable con la portada arrancada que es un mapa callejero. No aparece el título del asentamiento. Lo cojo y lo introduzco en mi bolsillo derecho.

Doy unos pasos a través del rectángulo vacío con mucha expectación y cautela y, examinándolo todo con suma atención y agudeza analítica, dejo la madriguera donde he vivido durante 18 órbitas. Sigue habiendo gravedad y no he salido volando como en los libros de naves galácticas. Tal vez esté en una cámara de despresurización. Espero que haya gravedad en el exterior.

Estoy en la 10ª planta de un edificio. Conozco la definición de edificio:

edificio m. Paralelepípedo donde la especie *Homo sapiens* crece y se culturiza hasta alcanzar los 18 años de

edad y, a partir de entonces, refugio temporal diario de profesiones, centros comerciales y peligros callejeros. *En mi edificio estoy leyendo Ulises, de James Joyce, y me siento seguro, calmado y satisfecho mientras se oye una reyerta en la calle con un balance de tres heridos graves y un muerto.*

Me dirijo hacia un lugar abierto en el suelo con un sinfín de desniveles que parece comunicar con las plantas inferiores. Me imagino diversas figuras del Tetris cayendo para rellenar todos los recovecos y allanar el camino.

Pongo un pie en el primer desnivel de la estructura. Pierdo el equilibrio y vuelvo a poner la pierna en el témpano uniforme. Me coloco en cuclillas, voy gateando hacia los desniveles, me acuesto boca abajo e intento avanzar, pero me hago daño en el tórax al golpearme las costillas con los salientes en ángulo recto. Me pongo de nuevo en posición cuadrúpeda, me giro, retrocedo como puedo agarrándome a un cilindro vertical plantado en el suelo y me levanto de nuevo en el plano recto.

Un vertebrado mamífero primate homínido de mi especie *sapiens* y mi sexo XY sale tras un rectángulo vacío o «puerta» con la letra A sobre el lado corto y elevado. Se detiene ante una puerta diferente al resto de puertas y pulsa un botón. ¿Será un automatismo para que el exterior suba a nuestro nivel?

—Hola, ¿dónde está la salida? —le pregunto al residente de mi colonia paralelepípeda.

—¿Cómo? —me responde con arrugas en la frente.

—¿Por dónde se sale de este enjambre homínido?

El *sapiens* me mira con arrugas más pronunciadas en su frente.

—Pues por las escaleras o el ascensor —dice señalando la puerta que tiene delante—. Cómo si no.

—¿Usted va al exterior?

—Sí, claro.

Me transporto a su lado y espero. La puerta del ascensor se abre y entramos. Es como un ataúd flotante sin ventanas. No entiendo por qué se llama «ascensor» si estamos descendiendo.

La cápsula voladora se detiene, el tripulante número 2 abre la puerta y salimos. Él abandona el edificio y yo me quedo inspeccionando la nueva estructura que corresponde a la letra B. Hay un ser vivo fotosintético en un bol gigante para cereales, un espejo de unos 2 metros de alto y 1,5 metros de ancho, y unos compartimentos con cerraduras y números y letras que deben corresponderse con las distintas madrigueras de los distintos *sapiens* de este edificio o colmena primate cultivadora. Miro dentro de los compartimentos; quizá los residentes de la incubadora guarden aquí pequeñas mascotas, como hámsteres, iguanas o... ¡pájaros! Dicha posibilidad hace que recule dos pasos. Me pregunto cuál será mi compartimento. Se me olvidó mirar la letra de la puerta de mi madriguera. Busco las inscripciones «Padre», «Madre» e «Hijo», pero solo leo nombres de escritores y personajes de novelas.

Me dirijo hacia la puerta del edificio que da al exterior y la abro. La luz me provoca en los ojos una sensación tan desagradable y dolorosa que tengo que cerrarlos.

Solo oigo chirridos de neumáticos rodantes, pitidos apocalípticos, ruidos metálicos de procedencia desconocida, instrumentos sísmicos extraños... Me tapo los oídos con las manos.

—5x1, 5, 5x2, 10, 5x3, 15, 5x4, 20, 5x5, 25, 5x6, 30...

Después voy abriéndolos y cerrándolos en intervalos intermitentes y comienzo a mirar el exterior.

ESCAPE

PRIMERA PARTE

1

Podría pasarte a ti. Despertar, bajar por un *ascensor*, salir a la calle, mirar alrededor y no conocer absolutamente nada. Ni avenidas. Ni edificios. Ni gente. ¿Fecha? ¿Lugar? Estás fuera y formas parte de algo que solo has leído en los libros. Todo te suena pero nada conoces. Y hay algo que no había en ninguna novela o ensayo: ruido, ruido a gran potencia por todas partes.

No sé qué hago aquí. Solo soy un *Homo sapiens* cualquiera en medio de un asentamiento humano cualquiera. Es como si fuera el personaje de una novela de 500 páginas cuyas 499 primeras hubieran sido arrancadas.

Creo que estoy en el planeta Tierra, pero tampoco estoy seguro. La Tierra es el 3^{er} planeta más cercano al sol y el 5^o más grande de los 8 planetas del sistema solar.

Miro mi reloj: son las 9.05 h de la mañana.

Supongo que las circunstancias vitales acumuladas me han conducido a esta situación. Nada es fruto del azar. Nada.

Acabo de atravesar el umbral de la salida de mi edificio y me he quedado paralizado. Saco mi pequeño diccionario del bolsillo y busco la definición de lo que tengo delante.

calle f. Espacio entre edificios sobrevolado por pájaros donde deambulan toda clase de maleantes, degenerados e incultos con instintos violentos y primitivos sin civilizar. *Salió a la calle y unos delincuentes callejeros le robaron el dinero y le dieron veinte puñaladas hasta matarlo.*

El *Homo sapiens* construyó las calles para que los adultos fueran a sus trabajos en automóviles, resguardados de los pájaros. Todos los niños están dentro de sus casas y no pueden salir hasta que tengan el carné de conducir. Solo puedes sacarte el carné de conducir a partir de las 18 órbitas.

¿Quién soy? ¿Soy solo un conjunto de genes respondiendo a la educación de Padres? ¿Soy algo más? No sé qué ideas son mías y cuáles no. Desconfío de mis rasgos de conducta, de mis movimientos, de mis tics nerviosos. ¿Hay algo realmente original en mí o todo el contenido de mi cabeza son pensamientos y citas de otros? Quizá esta pregunta no sea mía. Quizá ellos me la hayan implantado.

Estoy encandilado, siento vértigo y mareo, como si acabara de ser parido por la puerta-vagina del bloque de pisos, pero como si al mismo tiempo yo fuera la parturienta dolorida. Deben ser como un terremoto de 7,5 grados, aunque en realidad solo yo tiemblo. Mis ojos vibran y con ellos, todo el exterior.

4x1, 4, 4x2, 8, 4x3, 12, 4x4, 16...

Me gustan las tablas de multiplicar.

Las tablas de multiplicar nunca tiemblan.

El exterior, sin embargo, oscila y se deforma. Doy pasos con inconsistencia e incertidumbre. He descendido a un plano más bajo. Un automóvil desvía su trayectoria y desprende un ruido infernal efímero. Estoy en medio de una alfombra circulatoria gigante. Vuelvo al plano superior. 9x7, 63, 9x8, 72, 9x9, 81... La tabla del 9 me tranquiliza y la imagen se estabiliza.

Las tablas de multiplicar son seguras.

Las tablas de multiplicar nunca cambian.

2

Tras ir y venir sin un patrón determinado, sin saber dónde se encuentra la segunda página, o el segundo capítulo, giro los ojos hacia el paralelepípedo que me ha dado a luz: el número 9, como el caracol que vuelve el cuello hacia su caparazón. Siento como si mis ojos salieran de mis cuencas y se voltearan 180 grados para ver el cráneo donde residen. Busco la 10ª planta y durante 2 minutos me quedo mirando la ventana del habitáculo donde he vivido durante 18 órbitas.

Después giro en redondo hacia la fuente de luz. Es la estrella, me digo mientras la miro fijamente durante 30 segundos. Hay 10.000.000.000.000.000.000.000 de estrellas en el universo. Me pregunto cuántos vatios de potencia tendrá esta. A continuación paso 2 minutos ciego y 3 minutos viendo luces de colores relampagueantes. La estrella está constituida por un 81 % de hidrógeno, un 18 % de

helio y el 1 % restante se reparte entre otros elementos. Su masa es de 1.988.920.000.000.000.000.000.000.000 kilogramos, 330.000 veces mayor que la masa del cuerpo celeste al que estoy pegado, y se mueve a unos 828.000 km/h. En su interior la temperatura es de 15 millones de grados y cada segundo se convierten 700 millones de toneladas de hidrógeno en cenizas de helio.

Debe ser el infierno del que hablan los religiosos teístas cristianos.

Es tan grande y tiene tal fuerza que a menudo atrae a los asteroides y cometas que pasan cerca, y se desintegran en el acto. Una tormenta estelar es capaz de paralizar por completo la red eléctrica de las metrópolis, una situación que podría durar numerosas rotaciones, ciclos lunares o incluso varias órbitas. Mi cerebro se encharca de noradrenalina y siento miedo en grado 8 sobre 10.

Debería haber salido cuando hubiera un eclipse total, pero según mis cálculos eso no se producirá hasta dentro de 22 órbitas, 5 ciclos lunares y 19 rotaciones.

Medio ciego, voy dando tumbos con los brazos extendidos hasta que colisiono con una barra cilíndrica de metal plantada en el suelo. Miro hacia arriba con la mano en mis ojos y entreveo un flexo gigante como el que hay en la mesa escritorio de mi habitáculo.

Recupero la visión en más de un 80 % y decido avanzar por zonas oscuras a salvo del infierno redondo, pero continuo andando con mucha dificultad. Siento que no peso lo suficiente. Temo pisar un trozo de corteza terrestre en donde la gravedad no sea una constante. Percibo que mis

pies no se asientan completamente en la superficie planetaria, como si mis piernas fueran dos palos sin dedos y como si el suelo tuviera partes reblandecidas por donde se me hundieran las pisadas.

Comienzo a caminar con mayor seguridad y pienso que si anduviera en línea recta durante mucho tiempo volvería a encontrarme con el mismo paralelepípedo o bloque de cemento que contiene mi habitáculo en la 10^a planta. Los cuerpos celestes son esféricos como las bolas del árbol de Navidad. Giro 360° sobre mi eje y veo a mi alrededor un sinfín de paralelepípedos gigantes donde los padres cultivan a sus hijos durante 18 órbitas en habitáculos tapiados con cientos de libros.

Llego a un habitáculo titulado *LAVANDERÍA*, pero sin autor conocido. Dentro hay lavadoras grandes por las que salen homínidos que bajan de sus madrigueras aéreas desde las lavadoras pequeñas que hay en sus galerías cuando no están haciendo la colada. Todas están lavando la ropa y por eso no hay ningún individuo naciendo de ellas.

Me paro en todos los semáforos que encuentro en rojo y obedezco todas las normas y señalizaciones. No me gusta mirar hacia arriba. Me da vértigo la atmósfera sin paredes ni techo. Tampoco me gusta mirar el infinito de enfrente. Y siento pavor grado 9 sobre 10 ante la idea de ser atacado por una bandada de pájaros. Observo los letreros de las calles y el callejero que llevo en la mano, y después clavo los ojos en la corteza terrestre.

Todavía no me ha asaltado ningún delincuente y no tengo ninguna herida de gravedad en mi organismo: 9 de

cada 10 individuos son malhechores que no han leído ningún libro.

Comienzo a oír un sonido espeluznante y aparece un automóvil titulado *Policía Local*. Lleva en el techo 4 vasos bocabajo que emiten luces rojas y azules. Es como si estuvieran ahorcando a varias cantantes de ópera con guirnaldas de luces de Navidad muy potentes. Me siento en el suelo sobre mis tobillos, me tapo las orejas con las manos y después meto mis 2 dedos índice por ambas cavidades como si fueran dos *tetriminios I* que quisieran encajar en mis conductos auditivos para que desaparecieran mis oídos. *Policía Local* se aleja y los decibelios de su locura van decreciendo.

Doy unos pasos con vacilación y colisiono con otro primate de mi especie. Tiento a la suerte de la probabilidad y me aproximo a él con las piernas temblando al caer chorros de noradrenalina y acetilcolina en cascada desde mi cerebro hacia mis pies.

—¿Dónde estamos? —le interrogo observando sus manos. No lleva ningún cuchillo, navaja, pistola, puño americano o cadena de acero.

—Calle San Mateo —responde sin llevar a cabo ningún movimiento repentino sospechoso.

—Sé el nombre de esta calle —le digo mirando el letrero aplastado contra la pared externa del paralelepípedo—. Mi pregunta exacta es: ¿en qué nación y en qué metrópoli estamos?

El bípedo entorna los párpados, arruga la frente y se distancia sin dar respuesta y observándome de reojo.

Continúo caminando y me encuentro con 1, 2, 3, 4, 5 homínidos de tamaño reducido, poco más de 1 metro de altura, que golpean una vejiga esférica con el pie sin decidirse en dónde colocarla. Tienen menos de 18 órbitas, tal vez menos de 10 órbitas, pues sus cuerpos son mucho más pequeños que el mío. ¿Por qué no están siendo cultivados en sus habitáculos? ¡Son futuros delincuentes! ¡Van a ser recludos en colegios por tener unos padres negligentes y unas familias desestructuradas!

Llego a una intersección vial. Me quedo clavado en la corteza y me pongo a mirar en redondo sobre mi eje. Miro todos los letreros. ¿Cuál es la calle correcta? ¿A dónde ir?

Saco la brújula y veo que cada dirección corresponde a un punto cardinal con gran exactitud, hallazgo que me calma durante un lapso. Debería tener una moneda con forma de tetraedro regular para sortear las 4 opciones posibles, incluida la de darme la vuelta y volver a recorrer esta calle en sentido contrario. Cojo mi moneda de la suerte y opto por un sistema por fases, sorteando primero los pares de puntos cardinales opuestos.

Cara = oeste. Cruz = este.

Tiro la moneda al aire y la dejo caer en mi palma.

Cruz = este.

Vuelvo a coger la moneda.

Cara = sur. Cruz = norte.

Tiro la moneda al aire y la dejo caer en mi palma.

Cruz = norte.

Memorizo los dos resultados y cojo la moneda para la gran final.

Cara = este. Cruz = norte.

La lanzo y sale cruz, así que continúo por la calle norte. Todas las opciones han tenido la misma probabilidad de salir elegidas y eso me tranquiliza.

Recorro la calle y me cruzo con otros ejemplares de mi especie. Me fijo en sus gestos:

1. Dos brazos se dan la mano y se mueven verticalmente.
2. Unos labios se curvan hacia abajo.
3. Un macho y una hembra están encajados con sus bocas pegadas y se recogen con sus brazos.
4. Un entrecejo se arruga y los dedos índice y pulgar acarician un mentón.
5. Dos machos hablan; uno tiene su mano en el hombro del otro.
6. Una mano se mueve semihorizontalmente como un metrónomo y la mano de otro organismo cercano hace lo mismo.

Algunos paralelepípedos, flexos gigantes y paradas de autobús están llenos de portadas gigantes con títulos y mensajes sencillos y directos, pero sin el nombre de los autores. Mis ojos colisionan con una portada gigante en donde leo: *Porque te mereces lo mejor*. Un hombre con una gran sonrisa insertada en el rostro levanta el pulgar en señal de aprobación. Mis ojos colisionan con otra portada gigante titulada: *Cómpralo, véndelo y ámallo*. Creo que se llaman anuncios, propaganda, publi-

cidad, y son la base del sistema capitalista en la era postrueque.

Sigo andando y me estaciono ante una pequeña casa unipersonal. No todos los *sapiens* viven en las colmenas paralelepípedas rectangulares. El *sapiens* residente comparte su biblioteca con los transeúntes. Son tomos grandes, muy delgados y con muchos colores y fotografías. En las vitrinas y en los estantes giratorios también hay papeles grandes con textos y fotografías en blanco y negro y sin coser. No se trata de ficción ni ensayo; es información directa de la realidad exterior. Leo todos los textos para saber a qué periodo histórico pertenezco y para hacerme una idea del *zeitgeist* de mi época.

1. «Niña de 14 años hallada muerta fue violada y asesinada el día que desapareció».
2. «En los últimos 10 años han muerto 605 mujeres a causa de la violencia machista».
3. «Condenado a 35 años por la muerte de su exmujer y el intento de asesinato de quien la auxilió».
4. «Un niño de 7 años de edad encuentra el cadáver de su madre en la cocina. Todo apunta a que se trata del decimonoveno caso de homicidio por violencia de género en lo que va de año».
5. «Reportaje especial. La masculinidad tóxica o cómo la violencia está incardinada en el ADN del varón».

Vuelvo a andar en posición erguida. Un gorrión surca la atmósfera. Me detengo, se me acelera el ritmo cardiorres-

piratorio, sudo y mi cerebro supura noradrenalina y acetilcolina. Me refugio en un portal. 4x1, 4, 4x2, 8, 4x3, 12, 4x4, 16... Asomo la cabeza y miro la atmósfera. El pájaro ha desaparecido.

Vuelvo a transitar por la corteza para viandantes. Me llama la atención un bípedo que tiene un espejo de mano sujeto al extremo de un palo de escoba y mira su reflejo en él. Supongo que quiere abarcar más extensión de su cuerpo. Me percato entonces de que otros viandantes llevan el mismo espejo en las manos y no apartan sus ojos de él. ¿Por qué se miran continuamente en el espejo? ¿No tienen espejos en sus baños para ver si se han afeitado, maquillado o peinado bien?

A continuación veo una hembra adulta que también lleva un espejo en la mano derecha, pero con la izquierda agarra la mano de un *sapiens* de dimensiones muy reducidas. Me detengo en su itinerario:

—Señora mamífera, ¿podría usted decirme por qué este cachorro homínido no está en su habitáculo culturizándose para no ser un delincuente cuando sea adulto dentro de X órbitas?

Me rodean sin decir nada y con arrugas en la frente. Deben ser dos individuos al margen de la ley. Los padres de ese infante probablemente sean criminales que no fueron educados mediante la cultura de 857 libros durante 18 órbitas.

Sigo andando y diviso una madriguera a ras de suelo titulada *Librería Cervantes*, aunque no sé si «Cervantes» forma parte del título o si es el autor de *Librería*. Tiene

una ventana gigante con libros y una esfera terrestre que sufre movimientos de rotación. Busco su nombre en la memoria de mi córtex e hipocampo, y después en mi diccionario de papel para cerciorarme.

escaparate m. Hueco acristalado que hay en la fachada de las tiendas y que sirve para exhibir las mercancías o productos que se venden en ellas. *Este mes hay carteles de rebajas en los escaparates.*

La palabra está entre «escapar» y «escapatoria». No entiendo qué relación etimológica tiene «escaparate» con «escapar». No entiendo por qué le han puesto ese nombre. Entro en el establecimiento porque los libros me resultan familiares y para evitar los pájaros durante un lapso.

Una vertebrada mamífera con la piel arrugada está subida a una escalerilla y coloca libros en una estantería. Me acerco a una mesa donde hay una esfera terrestre más grande que la del escaparate. Me gustan las esferas porque son exactamente iguales independientemente de tu posición o de cómo las pongas sobre una superficie. Hago girar la esfera.

—¿En dónde estamos? —interrogo a la mamífera, que baja de la escalerilla, se acerca, gira la esfera y posa su dedo en nuestra localización tapando los nombres.

—Aquí.

—¿Cuáles son las coordenadas? ¿Latitud? ¿Longitud?

Da igual el nombre, pienso. Para lo único que sirve saber el nombre de tu asentamiento es para poderlo situar en la esfera. Todos los asentamientos son iguales y están separados por vastos territorios con tigres, leones, hienas y cocodrilos.

—¿En qué conglomerado de 100 órbitas, también denominado «siglo», nos encontramos? —interrogo a la mamífera—. ¿En qué número de órbita concreto estamos?

—... —La mamífera no responde.

—¿Tiene algún mapa del tiempo?